

MEDITA CONMIGO

Hijo mío, está atento a mis palabras; Inclina tu oído a mis razones. No se aparten de tus ojos; Guárdalas en medio de tu corazón; Porque son vida a los que las hallan, Y medicina a todo su cuerpo. (Prov 4:20-22)

Este capítulo comienza diciendo: *Oíd, hijos, la enseñanza de un padre;* sin duda esto pudiera interpretarse como consejos de un padre humano a su hijo, y por ello atenuar el peso de todo lo dicho a continuación, pero si ceñimos los lomos de nuestro entendimiento (Ef 6:14) y razonamos espiritualmente, hemos de aceptar que Salomón no fue inspirado a escribir estas palabras por ocurrencias personales, sino por el Espíritu del Padre de los espíritus, esto es, el Padre de todos aquellos que han creído de corazón que Dios es Aquél a quien Jesús citó al enseñar sobre la oración, para que cuando oraran le dijeran: *Padre nuestro, que estás en los cielos;* para él la edad de los hombres no es obstáculo para llamarlos hijitos durante todo el curso de sus vidas, desde la niñez hasta las canas. Así que afirmamos, pues, que es Dios en esta Escritura dirigiéndose a sus hijos, como un padre humano cualquiera se dirige a los suyos.

La primera cosa que demanda el Padre es *atención*, porque la ausencia de ésta es una actitud muy ofensiva para él; él la valora tanto que la pone por encima de cualquier sacrificio que se le pueda dar, porque sabe bien que cuando el hombre no lo atiende es porque alberga en su corazón obstinación, cosa que para él es como idolatría (1 Sam 15:22-23). Así que él se agrada cuando los oídos están prestos y atentos, alejados de cualquier distracción (Mt 13:22); porque de no ser así recurrirá a otros modos de hablar, los cuales pueden ser no muy agradables; sin duda que muchas de las cosas que afligen hoy al mundo se deben a que los hombres hemos dejado de atender a sus palabras, tanto en el medio religioso como en el secular, evidencia de ello es el aumento de la violencia generada por haber exaltado la injusticia en los diferentes ámbitos de la vida, dicho del modo en que lo dice el apóstol: *Porque la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que detienen con injusticia la verdad* (Rom 1:18); una de las elocuentes formas de detener la verdad es la injusticia de convertir el evangelio en un modo de lucro (2 P 2:3).

Volviendo al curso de la exhortación del Padre, vemos el énfasis que hace en que sus palabras y razones no se aparten de nuestros ojos, es decir, que nuestra visión de la vida y de nuestro andar se ciñan a ellas, que no hagamos cálculos sin tomarlas en cuenta; por esto dice: *guárdalas en medio de tu corazón*, lo cual significa que no sean tema de acervo cultural religioso, de doctrinas y mandamientos de hombres (Col 2:20-22) que sólo están en la cabeza como mera información, sino que por creerlas sin titubeo (Sal 26:1) dominen en nuestros quehaceres cotidianos. La naturaleza humana siempre se ha resistido al exhorto del Padre, y en sus adentros le bulle la necia pregunta *¿Por qué no puedo vivir a mi modo?* Siempre con suma paciencia el Padre insiste diciendo: *Porque son vida a los que las hallan;* aunado a esto, nos deja entender que hay que buscarlas, y *¿dónde sino en el rostro de Dios?*, por esto David dice: *Mi corazón ha dicho de ti: Buscad mi rostro. Tu rostro buscaré, oh Señor* (Sal 27:8).

No hay ser humano que no desee una buena vida, el punto es que la concepción de la buena vida, en mucho, procede de una sociedad hedonista, es decir, buscadora del placer por el placer, cuya fuente es la supuesta sabiduría humana (Rom 1:21-22) más que de su Padre; de su Creador; Dios sabe que este mundo sujeto a vanidad (Rom 8:20), es decir a corrupción, está atestado de causas que atentan contra el bienestar de los hombres, y la más común es la enfermedad, por eso es que existe la ciencia médica que a punta de observación y estudio intenta proveer salud a los hombres sea de forma preventiva o curativa, de tal modo que es tenida como esperanza de la humanidad; pero asombrósamente el Padre afirma aquí de manera llana que el atender a sus palabras y razones es medicina a *todo el cuerpo*, no faltará quien diga que es un modo de hablar simbólico; pero en esto no hay vuelta de hoja, sin duda que hay vida anímica y vida espiritual, cuando el cuerpo muere éstas tienen que retirarse de esta dimensión temporal, y el cuerpo vuelve al polvo, pero cuando éste vive no es lo natural lo que lo sostiene, sino lo sobrenatural, es decir, el espíritu (Stg 2:26), y éste se fortalece con el alimento que le da el Padre de los espíritus (1 Cor 10:3-4), el cual es su palabra; así que Dios no miente al decir que su palabra es medicina a todo el cuerpo, sea preventiva o curativa; ¿pero qué es lo que hace la diferencia? sólo una cosa, creerle. Por esto Pablo fue inspirado para escribir: *el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales...* (Rom 8:11). Así que en la medida en que le hagamos caso al Padre y nos alimentemos de su palabra (Mt 4:4), experimentaremos que la vida es más que la comida o la bebida, y partiremos de este mundo sólo cuando Él decida retirar el espíritu de nuestro cuerpo, sea o no, por enfermedad.

Tu hermano el predicador

Fernando H. Nava